

## B1C05 — El Primer Eco

La ola de luz abrasadora y absoluta retrocedió, y el mundo regresó. No dejó tras de sí la paz, sino un vacío tan profundo que tenía su propio peso. El zumbido eléctrico y el agudo olor a ozono habían desaparecido, reemplazados por el olor a polvo y a una decadencia ancestral. El brillo plateado de la arboleda se había desvanecido, arrasado por la luz, dejando solo el gris plano e indiferente del cielo de Serephis. Miguel se mantuvo firme, su agarre en Solmire inquebrantable. No había temblor en su mano, ni un jadeo entrecortado en busca de aire. Sus ojos estaban abiertos, pero no parpadeaban. Registró el recuerdo de la luz no como una violación, sino como una corrección, una purga de datos superfluos. El dolor, la duda, la esperanza... todo había sido borrado, dejando en su lugar un zumbido quedo, de una sola nota. No sentía nada. Ni alivio, ni triunfo, ni siquiera el dolor persistente de su búsqueda. ¿Qué se había perdido en aquella luz? La pregunta era un dato, no un lamento.

Giró la cabeza lentamente, una observación clínica. La arboleda estaba muerta. Las hojas plateadas, que una vez brillaron sin sombra, eran ahora cáscaras grises y quebradizas que se desmoronaban de sus ramas y caían a la deriva hacia el suelo. El silencio, antes sagrado, se veía ahora roto por el leve y seco susurro de su caída. Donde antes no existían sombras, ahora se extendían desde los árboles sin vida largos y crudos dedos de oscuridad. El gran fresno, con su corteza agrietada y gris, parecía un monumento a una era olvidada. Miguel registró la decadencia no como una tragedia, sino como una conclusión. La arboleda había cumplido su propósito. Su existencia estaba ahora completa. No había pesar en su mirada, solo evaluación. Este era un gasto necesario. Pero si este era el coste, ¿cuál era, entonces, la ganancia?

Bajó la espada, sintiendo su verdadero peso por primera vez. No era la carga física del metal, sino el peso conceptual de un ancla arrojada a una nueva y absoluta realidad. El aire alrededor de la hoja era más frío que el del resto de la arboleda muerta, y la luz gris y plana del cielo parecía curvarse en sus bordes, negándose a tocar la superficie del filo. Su brazo la bajó con perfecta suavidad, sin esfuerzo ni temblor. Ajustó su agarre, no por comodidad, sino por equilibrio, como una máquina que se calibra a sí misma. Recordó su antigua espada angelical, la que había portado durante milenios. Aquella había sido una herramienta. Esto era diferente. Esto era una ley, un principio fundamental de la existencia hecho forma. La distinción se sentía absoluta, una línea nítida trazada en el corazón de la realidad. El zumbido de la espada era una presencia constante en su mente, una nota única y perfecta sin armonía ni eco. ¿Era la voz de la espada o la suya propia? La pregunta era irrelevante. Eran lo mismo.

El vacío en su pecho, el dolor hueco que lo había impulsado a través de los páramos de Serephis, había desaparecido. Tocó la placa de su pecho, sus dedos registraron el metal frío, pero la sensación de vacío había sido reemplazada por una solidez inquebrantable. Estaba lleno. Y sin embargo, en esa plenitud, estaba vaciado de todo lo que una vez fue. Buscó en su memoria a Gabriel, el sentimiento de hermandad, de deber compartido. Encontró los datos —el sonido de la voz de su hermano, el recuerdo de su última conversación—, pero la resonancia emocional había desaparecido. Era como leer el expediente de un desconocido. El viento de Serephis comenzó a colarse de nuevo en la arboleda, trayendo el olor a arena y tiempo, pero se sentía tenue y sin importancia en comparación con la presencia de la espada. No sentía duda, ni miedo, ni esperanza. Solo una certeza de propósito perfecta e inquebrantable. Si ya no era Miguel, entonces, ¿qué era?

El zumbido que se había convertido en el núcleo de su ser se aglutinó. Se reunió en un pulso silencioso y metafísico que se expandió desde él hacia el exterior en una esfera perfecta e invisible. El aire mismo pareció vibrar y tensarse, una onda de presión sin sonido. El polvo del suelo se levantó en un anillo silencioso alrededor de sus pies y luego volvió a asentarse. Abrió ligeramente su postura, preparándose contra una fuerza que solo él podía sentir de verdad. La luz de sus ojos, ya no una llama azul sino un blanco frío y distante, pulsó una vez al compás de la onda. Comprendió su significado. No era un desafío ni una amenaza. Era una declaración de hechos: un nuevo absoluto había entrado en la creación. Era una corrección al orden existente. La cuestión no era *si* sería escuchado, sino por quién.

Le dio la espalda a la arboleda muerta, a los monolitos agrietados, al recuerdo del ángel que había entrado en este lugar. Su objetivo anterior había sido encontrar un arma para ganar la guerra. Su nuevo objetivo era simplemente traer *conclusión*. El cambio se sintió nítido, lógico. Su paso ya no era cansado, sino perfectamente medido, eficiente, cada zancada calculada para conservar energía. No miró hacia atrás. El calor opresivo del desierto de Serephis se posó sobre su armadura, pero lo sintió distante, una variable externa de poca importancia. Él era un problema identificado y una solución en marcha. ¿Dónde debía entregarse la primera conclusión? El camino se volvería claro.

Muy lejos, en una cámara de profunda quietud, Lucifer pasó una página. La estancia era una vasta y silenciosa biblioteca, con olor a pergamino antiguo, a piedra fría y al leve y limpio aroma de la luz estelar que entraba por la ventana de un observatorio arcano. No había fuego, ni azufre; solo el orden sosegado del conocimiento acumulado. Sus movimientos eran parcos y precisos, su postura relajada pero alerta, la de un depredador en reposo. Trazó una línea de texto en un tomo antiguo, su mente rozando brevemente la tediosa previsibilidad de la guerra celestial. Los ángeles eran tan seguros, los demonios tan caóticos. Se había convertido en una fatigosa partida de ajedrez, en la que cada bando realizaba los mismos movimientos que había hecho durante eones. Sintió un tedio profundo y

antiguo, una honda curiosidad intelectual hambrienta de un estímulo digno. ¿Acaso no había realmente nada nuevo bajo ningún sol?

Y entonces, llegó. Una perturbación. No un sonido, sino una disonancia en el silencio perfecto de su cámara. Las motas de polvo que danzaban en la luz estelar de la ventana se congelaron momentáneamente. El zumbido bajo y distante de la ciudad infernal, muy por debajo, pareció bajar de tono durante una fracción de segundo. Su dedo, que trazaba la línea de texto, se detuvo. Levantó los ojos de la página, desenfocados, escuchando algo más allá del sonido. Su mente, más rápida que la de cualquier ángel, comenzó de inmediato a categorizar lo que *no* era. No era angelical; carecía de su empalagosa y santurrona piedad. No era demoníaco; carecía de su caótica y rapaz avidez. No era una plegaria, ni una maldición. Era una anomalía. Una nueva pieza había sido colocada en el tablero por un jugador desconocido. ¿Cuál era la naturaleza de esta señal?

Cerró el antiguo libro. El suave golpe de la pesada cubierta fue el único sonido en el silencio ahora expectante. Incluyó la cabeza, un gesto de escucha pura y depredadora, con su atención plena y formidable ahora centrada en el pulso. En un segundo, consideró y descartó una docena de posibilidades. ¿Un evento cósmico natural? No, tenía intención. ¿Una nueva arma del Cielo? Improbable. Se sentía demasiado nítido, demasiado absoluto para su desordenada moralina. Esto era algo diferente, algo más antiguo. El silencio en la sala se profundizó, volviéndose pesado mientras enfocaba su voluntad, su mente extendiéndose para diseccionar el eco.

Percibió el pulso no como un sonido, sino como una ondulación en la estructura misma de la causalidad, una onda de información pura que fluía a través de la creación. Era una declaración de poder, una afirmación del ser, no un acto de agresión. Era una constante fundamental del universo que acababa de ser alterada. Esto, pensó, era mucho más peligroso —y mucho más interesante— que una simple amenaza. Levantó una mano, con sus largos dedos ligeramente separados, como si cribara los granos metafísicos de la señal, tratando de aislar su signatura central. Era antigua, desconocida, y sin embargo... había algo. Una resonancia enterrada en lo profundo de la onda portadora, una signatura que rozaba los bordes de un recuerdo de un tiempo anterior a que la memoria fuera un pecado.

La encontró. Aisló la resonancia central y, por primera vez en siglos, un atisbo de genuina sorpresa cruzó los serenos rasgos de Lucifer. Su mano se cerró ligeramente. No era una frecuencia de poder o voluntad. No era una nota de mando o ley. Era la signatura de una emoción: júbilo puro, amoral, creativo e irreverente. Era el eco de una risa. Un fantasma de ese sonido, inaudito en la creación desde mucho antes de que existiera su propia rebelión, pareció llenar momentáneamente la silenciosa biblioteca. Una sacudida de reconocimiento, tan

profunda que fue casi sobrecogedora, lo atravesó. La sensación de oír un nombre que creías que había sido borrado de la existencia misma. No podía ser. ¿O sí?

Un recuerdo fugaz y no visual afloró: un tiempo anterior a la Caída, antes de que se escribieran las Grandes Leyes y el universo fuera enjaulado en el orden divino. Un tiempo de creación en bruto, de fuerzas caóticas e impredecibles, de seres que jugaban con las estrellas como los niños juegan con la arcilla. Seres como el que había forjado esta espada. Se levantó y caminó hacia la ventana del observatorio, contemplando las ordenadas constelaciones de su propio reino, que ahora parecían frágiles y temporales. La luz de las estrellas se atenuó, como en deferencia al recuerdo de aquel tiempo más antiguo y salvaje. El orden rígido y predecible contra el que se había rebelado estaba ahora amenazado por algo que lo precedía por completo. La ironía cósmica era deliciosa. ¿Quién en el Cielo sería tan necio, tan desesperado, como para desatar algo así?

Esto lo cambiaba todo. El juego ya no era un conflicto binario entre dos ejércitos cansados. Una tercera e impredecible variable había sido introducida. Una lenta y genuina sonrisa se extendió por su rostro. No era una mueca de malicia, sino una sonrisa de puro deleite intelectual. El zumbido ambiental del Infierno volvió a su tono normal; el momento de disonancia había pasado, dejando una realidad cambiada a su paso. Su aburrimiento se había hecho añicos definitivamente. Sintió un renovado sentido de propósito, no como un señor de la guerra, sino como un conocedor del caos. ¿Qué haría el Cielo ahora?, se preguntó.

Su mente consideró las posibilidades. ¿Gabriel? Demasiado cauto. ¿Uriel? Demasiado simple. Tenía que haber sido Miguel. Solo él poseía la combinación adecuada de desesperación y rectitud absoluta para buscar un poder que nunca podría esperar controlar. Lucifer se apartó de la ventana, su sonrisa persistía. No volvió a su libro. La biblioteca estaba de nuevo en silencio, pero el silencio ahora estaba cargado de potencial, ya no estancado. Simplemente esperó, satisfecho. El capítulo más interesante de una historia muy, muy larga estaba a punto de comenzar. ¿Cuánto tiempo, se preguntó con paciente diversión, tardaría el nuevo jugador en hacer su primer movimiento en el tablero?

De vuelta en la arboleda muerta, el pulso retrocedió, su declaración hecha. La última de las hojas grises se posó en el suelo. El viento cesó por completo, y el silencio que regresó no fue el silencio sagrado de la arboleda viva, sino el silencio vacío de una tumba. Miguel bajó a Solmire hasta su costado, su luz ahora un brillo firme y contenido en lugar de un faro radiante. Registró la partida del pulso. La declaración fue enviada. Ahora venía la respuesta. No sintió ansiedad, solo una disposición para el siguiente paso lógico. Se encontraba en un estado de perfecto equilibrio, con el quedo zumbido de la espada como una presencia constante y compañera. ¿Y ahora qué?

El propósito se asentó en su interior, una directiva clara que reemplazó todos sus antiguos deberes, todas sus antiguas lealtades. El camino a seguir era simple, absoluto y no dejaba lugar a debate. Regresar. Exhibir la solución. Poner fin a la discusión. Poner fin a la guerra. Tomó una bocanada del aire muerto, que se sentía tenue e insípido. El mundo fuera de su nueva certeza parecía desvaído y sin importancia, una colección de variables que gestionar. Dirigió su mirada hacia la dirección del Bastión Celestial. Sus ojos, antes del color de la llama azul, eran ahora del color de la fría luz estelar blanca. Miraba un destino, no un hogar. Dio el primer paso fuera de la arboleda, su camino ahora trazado.